

9

Mi vecina quiere presentarme a su gato.

Hasta aquí, la parte autobiográfica.

Estoy empezando a cansarme de todo esto, en serio. La gente me pregunta por qué no salgo nunca de casa, por qué no me relaciono con nadie, por qué no tengo novia, ni aficiones, ni amigos. Pero yo sé que a todos esos les importo muy poco, preguntan porque no tienen otro recurso para entablar una conversación. En realidad lo que me pasa es que soy muy feliz así. No es que no me guste la gente, es que simplemente considero una pérdida de tiempo cada minuto que paso con ellos. No me pasa con todo el mundo, claro, pero sí con la mayoría.

Ahora es cuando empezáis a pensar que soy el típico idiota que va de raro por la vida, y que se quiere hacer el interesante pero que en realidad es un amargado, ¿verdad? Menudo rollo de libro os espera. O puede que no. Puede que sea el prototipo de personaje en apariencia anodino, que pasa de todo, pero que con el paso de los capítulos muestra una personalidad oculta, apasionante y oscura. Sí, ¡claro que sí!, ante vuestros ojos tenéis un novelón de aventuras arriesgadas protagonizadas por un fuera de serie. Seguramente en mi casa tengo un laboratorio secreto de drogas duras, pertenezco a

un cartel colombiano y utilizo mi rutinario trabajo como tapadera. Aparento ser tímido pero en realidad soy un latino poderoso, un fenómeno de la naturaleza, frío y calculador, con una potencia sexual tal que tengo que espantar a las nenas las noches de los sábados cuando me reúno en el reservado de la discoteca de moda, mostrando mis tatuajes de chico malo y chasqueando la lengua para saludar a mis amigos, o enemigos, que me respetan y me rinden pleitesía. ¡No, espera! Quizá sea un jugador profesional de póquer por internet. Enormes pantallas planas se desperdigan por la habitación principal de mi ático en el barrio de Salamanca. Juego varias partidas simultáneas porque mi cerebro es capaz de almacenar en segundos información que tú serías incapaz de recordar aunque te la repitieran un millón de veces. Gano miles de euros con un solo clic de ratón. Mi nombre en clave es *anonymous345*, me dejo barba de cuatro días, llevo gabardina y mi coeficiente intelectual es de 168, más alto incluso que el de Marilyn. ¡No, no, ya sé! Lo más probable es que sea un escritor famoso. ¡Eso es! El típico escritor bohemio, alcoholizado hasta la saciedad porque es incapaz de imaginar una sola frase sin que el alcohol fluya por sus venas. Qué tío tan guay, con lo vulgar que parecía al principio, pensarás entonces. Me recluyo en mi apartamento de la Latina, fumando sin parar, y escribo obras maestras, que son alabadas en foros de poetas malditos, en los que recito versos embriagadores que hacen derretirse a las niñas más chungas y alternativas del barrio. ¡Sí, tiene que ser algo así! Parece tan tímido, pero después al encerrarse libera su mente y de las yemas de sus dedos surge el arte y las palabras fluyen sin parar. Todas esas palabras que no intercambia con nadie, quedan plasmadas, en orden perfecto, en las cuartillas de su cuaderno, con esa letra ilegible suya tan personal.

Pero no, amigos, no soy nada de eso. La gente que me conoce también piensa al principio que detrás de esta imagen patética que voy mostrando por el mundo, tiene que haber algo; algo que me distinga de los demás, que me haga especial, único, irrepitible. Más aún si soy un personaje de novela. ¿Quién, en tal caso, podría pensar que fuera uno más en el rebaño, anodino y vulgar como ningún otro, sin nada interesante que aportar a la sociedad, o a los lectores? ¿Esperáis acaso que os cuente una aventura prodigiosa, un viaje a ninguna parte, alguna anécdota que os haga reír? No lo esperéis.

De alguna forma os entiendo. A mí también me gustaría ser de otra forma, en serio; más listo, más guapo, más inteligente y aventurero, y tener un montón de historias interesantes que contaros. Pero el caso es que no. En este punto ya habréis adivinado que no juego al póquer, ni trafico con drogas, tampoco tengo tatuajes, ni chasqueo la lengua, ni tengo amigos, y mucho menos enemigos. Estoy muy lejos de ser un escritor, ni bueno ni malo. Esto que leéis no lo escribo yo, lo escribe el autor. Es decir, el autor no soy yo. Esto es importante resaltarlo, porque en la presentación de esta novela, escrita por un tal Miguel, no por mí, el autor se empeñará en decir que la novela no es autobiográfica. Y no lo es. Ya lo dije en la primera frase. Eso sí que es real, mi vecina *es* real. Y su gato. Pero no puedo hablar de ella, porque después ella leerá este libro, y pensará que *la vecina* es ella. No pasaría nada, porque nos llevamos muy bien, y de ella no podría decir nada malo, todo lo contrario. Pero claro, si el autor se pone a relatar *su* vida, en lugar de inventarme a mí, esta novela no tendría ningún interés. Y con esto no quiero decir que la vida de Miguel no sea interesante. Lo es, y mucho, lo mismo que la de su vecina. Pero esto es otra historia.

¡Ah! Me olvidaba. Esto no es la típica novela en plan Holden Caulfield. Si os digo la verdad, a mí *El guardián entre el centeno* ni siquiera me gustó. Ya sé que es el típico libro que *tiene* que gustarte. Pues a mí no. Ya sé que el protagonista era un colgado de la vida, y que pasaba de todo. Pues vale. El que a mí me la sople todo no significa que esté plagiando ese libro o a su personaje. A mí, si os digo la verdad, siempre me ha gustado más Bukowski. Chinaski será todo lo capullo que quieras, pero le da mil vueltas a Holden. Esto es otra cosa. No os confundáis.

Más cosas. Tampoco hay vampiros. Esto es importante resaltarlo en la página cuatro, porque muchos de vosotros inmediatamente vais a cerrar el libro con cara de decepción. Sí, amigos, ni un solo vampiro. Me sorprende lo mucho que ha dado de sí algo tan absurdo y descabellado como un humano que se convierte en murciélago, que odia la luz, el ajo, la plata y los crucifijos. Vale que como recurso puede funcionar en una novela, no puedo negar que es original, pero hombre, doscientas novelas y cuatrocientas películas sobre el tema ya me parece demasiado. Ahora, además, los vampiros y vampiras están buenos. Pues vale. Así que ya sabéis: ni vampiros, ni dragones, ni princesas, ni batallas campales, ni catedrales, ni templarios. Estáis avisados.

Sigamos. No hago nada de deporte. Es decir, no estoy cachas, ni fibroso, ni sano. Sí, ya sé que los protagonistas de los *bestsellers* suelen ser gente que hace deporte, saben de todo, son graciosos, y se llevan a la cama a la que les da la gana. Pero esto es la vida real, colegas. Yo no soy así. Supongo que es mi fisonomía. Yo no tuve la culpa de tener tendencia a engordar, desde luego que no la tuve. El que me guste comer más que nada en el mundo, unido a una falta total de actividad, tanto deportiva como de cualquier otro tipo, tampoco ayudaron a conformar un cuerpo atlético de esos que os

ponen como locas a todas. Sí, amigas, estoy gordo. Muy gordo. Cualquiera que me vea en bañador, puede corroborarlo. Mi madre, sin ir más lejos, el otro día, cuando salía de darme un baño en la piscina, me miró de arriba abajo, y negando con la cabeza, creo que con los ojos cerrados, me dijo: *Vaya tela...* Después se rio. Mi madre es la persona más increíble que conozco. No penséis por esto que acabo de decir que soy el típico mermado que se agarra a las faldas de su madre por mera inseguridad, o porque no tiene a nadie que lo quiera. Ya os he dicho que no me quiere nadie porque a mí la gente me la trae muy floja. Os lo digo muy en serio, ella es la persona más inteligente y divertida que conozco. Lo mismo podría decir de mi padre, pero no lo voy a decir. Él no es tan inteligente, aunque es un elemento a tener en cuenta. Ya no viven juntos, pero siguen llevándose de muerte. Ellos no lo reconocen, pero yo sé que la mitad de las veces que se ven, acaban acostándose, y eso que él se volvió a casar. Hace tiempo que dejé de intentar entenderlos. Mi padre es un cafre, sigue pensando que tiene veinte años, y viendo a su cuadrilla de amigos, cualquiera diría que *sí* que tienen veinte años. Menuda panda. Están todos como una puta cabra. Yo a veces me bajo a verlos al bar, y de verdad que es algo alucinante. Juegan a las cartas, se descojonan por cualquier cosa, cuentan chistes verdes (algunos realmente buenos), despotrican de sus mujeres, beben sin parar, y no pocas veces alguno acaba cayéndose literalmente al suelo. Así ha sido toda la vida, desde que iban al colegio. Los seis magníficos. Sesenta tacos, ni uno menos. Mi madre quizá haya sido siempre demasiado madura para él. Qué digo mi madre, mi sobrina, que tiene ocho años, es más madura que él.

Más cosas. No estoy bueno, aunque bien mirado, tengo mi puntito. El tener un puntito, o creerse que lo tienes, es un ejercicio de autovaloración importante, pero nada más.

Ellas son las que deciden si eres o no eres apropiado, si tienes o no tienes *tu puntito*. En realidad tengo poco éxito con las mujeres, pero es que a mí las tías me dan igual. Una vez tuve una novia. Os voy a contar lo que pasó. Fue en la universidad. Una mañana, en clase de... no me acuerdo bien de la asignatura, me senté en la última fila, como de costumbre, y en la silla de Eduardo se sentó *ella*. Eduardo era un personaje extraño con el que mantenía cierta relación. Era un tipo legal, sí, pero era muy pesado. Intentaba contarme su vida y a mí eso me ponía muy nervioso. No porque no fuera interesante, que lo era, sino porque lo contaba de tal modo que aburría hasta a las piedras. Creo que no tienen que pasarte tantas cosas para ser un tío o una tía interesante. A veces, muchas veces quiero decir, la gente se empeña en llenar su vida de cosas, de experiencias, de gente, de viajes exóticos, y después resulta que están vacíos por dentro. No todos son así, claro, pero muchos sí. Bueno, a lo que íbamos. Esa semana, Eduardito estaba malo, para alivio mío. Todo discurría estupendamente. Las clases fluían, y yo me concentraba. Era feliz. Entonces *ella* se sentó a mi lado.

—Hola, soy Susana.

—Yo me llamo Chinaski.

—¿Cómo has dicho?

—Que me llamo Alberto.

—Qué nombre más raro.

—¿Alberto, o Chinaski?

—Alberto. Chinaski no es tan raro.

—¿Eres polaca?

—Sí.

—Claro, ahora lo entiendo. Oye, Susanita, tu nombre no parece muy polaco.

—Es que en realidad no soy polaca.

—Ah... pero...

—Oye, Marlon..., ¿puedo llamarte Marlon?

—Claro.

—Mira, soy nueva, no conozco a nadie, y este es el único sitio que había libre. Tendremos que llevarnos bien.

—Por mi parte no hay problema. Pero tendrás que hablar con Eduardo.

—¿Quién es Eduardo?

—El chico que se sentaba aquí. Está malo. Aunque yo creo que se ha ido de viaje.

—¿Lejos?

—Probablemente.

—Bueno, entonces tenemos algo de tiempo para conocernos.

—Oye, Susana... a ver cómo te lo explico. Yo no quiero conocerte, ¿entiendes? Estás aquí, pero eso no significa que tengamos que contarnos nuestra vida.

—Yo no quiero que me cuentes tu vida. Yo no te pienso contar la mía. Así no se puede conocer a alguien.

—Me parece estupendo. Entonces creo que nos vamos a llevar de perlas.

Y así empezó todo. Un cruce de palabras, algunas miraditas, y muchas, muchas gilipolleces. Cada día que se sentaba a mi lado, parecía una persona distinta. Las conversaciones solían empezar siempre igual, pero cada vez ella se llamaba de una forma, y venía de un país distinto. Yo ya no era Chinasaki, ni Alberto. Era Marlon. Nunca llegué a saber cuál era su verdadero nombre.

Ahora es el punto donde yo os describo cómo es ella. Una rubia de metro setenta, medidas perfectas, tetas increíbles, ojos verdes y una minifalda de fantasía que deja asomar el tanguita por detrás, con su correspondiente tatuaje por encima. Botas altas, siempre escotada, y un olor embriagador. Pues no. Nada de eso. Bueno sí, sus tetas eran enormes.

Pero todo lo demás también. Quiero decir, *ella* era enorme. Casi tan enorme como yo. Eso no significa que no fuera atractiva. Era realmente atractiva. Por cómo te miraba, por cómo movía la boca cuando te contaba una bola —todo, o casi todo lo que salía de esa boquita era mentira. Pero una mentira sincera, una mentira pactada, que siempre es mejor que cien verdades a medias— por sus manos, por ese vestir tan despreocupado y sencillo.

Los días pasaban, y Eduardito no aparecía. Con lo cual, tenía Susana para rato, y no me importaba en absoluto. No creo que llegara a enamorarme, pero de alguna forma se creó un vínculo entre los dos. Cuando ella no venía yo la echaba en falta y, aunque esto no lo puedo asegurar, creo que a ella le pasaba lo mismo. Fue una buena época. No estudiábamos nada, no atendíamos a clase. Las sillas se iban acercando un poco más cada día. Hablábamos sin parar de las cosas más absurdas e inverosímiles que os podáis imaginar. Nada era real, todo era un juego, a veces enrevesado, otras veces más simple. Pero siempre un juego. Hasta que un día dejé de serlo.

—Quiero que conozcas a mi familia.

—¿Cómo?

—Que quiero presentarte a mi familia.

—Susanita, somos compañeros de clase. Ni siquiera hemos salido a tomar algo juntos. ¿No crees que nos estamos saltando algunos pasos?

—¿Dices que quieres que salgamos juntos?

—No, yo no he dicho eso.

—Entonces no quieres...

—¿Conocer a tu familia?

—No. Salir conmigo.

—Tampoco he dicho eso. Oye, a ver. No me líes, ¿vale? Explícame por qué esa ansia por que conozca a tu familia polaca.

—Mi familia no es polaca.

- De donde sea...
- Mira, Marlon, eres la única persona que conozco en clase. Se puede decir que casi la única que conozco en este país. Te aprecio, y quiero invitarte a comer a mi casa.
- Me aprecias...
- Sí. ¿Tú me aprecias?
- En este país, si quieres decirle algo agradable a alguien, nunca utilices esa palabra, ¿vale? Es la palabra más falsa que se le puede decir a alguien del sexo contrario.
- ¿Sexo?
- Sí. Un hombre no le dice eso a una mujer. *Te aprecio.*
- ¿Te quiero?
- No, joder, eso tampoco. Bueno, no en este caso.
- Yo no estoy hablando de sexo, sólo quería invitarte a mi casa.
- No, no, a ver... yo tampoco hablo de sexo. No... en fin.
- ¿Qué hora es?
- Las cinco.
- Tengo que ir a darle de comer al gato.
- ¿Tienes gato?
- No. Los gatos no se *tienen*. Los gatos están, y después cuando se cansan dejan de *estar*. Como las mujeres.
- ¿Las mujeres somos como los gatos?
- No. No sois como los gatos. Oye, Holly, ¿por qué estamos hablando de esto?
- Tu empezaste con el tema de los gatos.
- ...
- ¿Ahora soy Holly?
- Estamos hablando de gatos. No se me ocurría un nombre mejor.
- Me gusta.
- A Holly le gustan los gatos.
- Lo sé. Y los diamantes.

Entonces sonrió, pero de una forma que nunca le había visto antes. Un ligero movimiento, una mirada de complicidad. Lo había pillado a la primera. No sé, todo el mundo ha visto *Desayuno con diamantes*, pero acordarse de ese nombre... ¡relacionarlo con los gatos! Era todo muy extraño. Yo lo recordaba porque la he visto mil veces, esta película y todas las películas de la historia del cine, y porque tengo buena memoria para los nombres.

Me quedé mirándola, mientras ella sonreía, y hacía poses imitando a Audrey Hepburn.

—Creo que me conviene aceptar.

—No te preocupes, a mis padres les caerás bien.

Y me fui a darle de comer al gato (el de mi vecina).

A los tres días estaba sentado con su familia, dispuesto a zamparme el potaje que me había preparado la madre de Susana. Tal como presagiaba, me esperaba una velada de esas que hacen época. Imaginaba que no sería gente muy convencional, pero lo que me encontré sobrepasó con creces las expectativas. Los padres estaban aún peor que la hija. En el mismo momento en que traspasé esa puerta, me empecé a arrepentir de no estar tirado en el sillón de mi casa mirando al techo y escuchando música clásica. Después de las presentaciones, su madre se largó a la cocina, su padre al salón, a leer el periódico con los pies encima de la mesa, y Susanita a su cuarto a *terminar de arreglarse*.

—Siéntate aquí, hijo. Voy a contarte algo. —El padre se encendió un cigarrillo que previamente había liado con mimo, y se dispuso a darme la charla. No me gustaba el panorama—. Nuestra casa es humilde. Nosotros somos humildes. Susana es humilde...

Todo era humilde.

A continuación una breve conversación sobre la situación política, en la que no intervine, salvo para decir que no me gustaban los políticos. *¿Pero así, en general? En general, sí, respondí. Entonces contratácó con el fútbol, por lo visto era del Atleti. ¿Viste el partido del otro día?, vergonzoso. Ya sé que son unos paquetes, pero al menos que no nos roben. Los árbitros siempre nos pitan en contra. ¿Tú de qué equipo eres, chico? ¿Chico? Me quedé mirándolo durante unos segundos, y levanté los hombros, en clara señal de que me importaba un cojón todo lo relacionado con el fútbol, pero no pareció entenderme. Entonces se lo tuve que decir...*

¿¿¿QUÉ NO TE GUSTA EL FÚTBOL???

Respondió, echándose las manos a la cabeza.

En fin. Ahora os podría soltar cualquier excusa. Os podría decir que lo nuestro no tenía futuro, que era mejor para los dos, o para mí, o para ella; que ahora las cosas me van mejor porque no estamos juntos; que gracias a eso después he conocido a tías brutales que le dan mil vueltas a Susanita; que me siento mejor, más libre, más seguro de mí mismo gracias a esa decisión. Pero no. La verdad es que me acojoné. Simple y llanamente. A mí esa escenita de los padres esperándome en el salón, en plan película americana de los años sesenta, cuando los adolescentes montaban esas ridículas fiestas de graduación e iban a buscar a su acompañante con un ramo de flores y un esmoquin espantoso, definitivamente a mí eso me mató. Todo iba pasando como en las películas, la madre con el delantal mostrando orgullosa la tarta de manzana recién salida del horno, el padre en el sillón, hablándome de fútbol, muy cordial y respetuoso al principio, pero después lanzando las típicas miraditas de *joder, este tío se está follando a mi niña*.

En realidad nunca supe muy bien qué habría sido de nosotros. Tampoco qué es lo que ella quería de mí. En condiciones normales todas las señales por su parte se podían interpretar como que ella tenía interés: los acercamientos tan directos, el buen rollo que manteníamos en clase, su mirada, su risa cuando me escuchaba, la invitación a cenar. Pero no sé, a mí todo eso que viene después de los comienzos me da una pereza tremenda. Podía haberme acostado con ella, y nada más. O igual algo más, no sé. De todas formas eso nunca lo sabré porque el lunes ya no apareció por clase. Ni el martes, ni nunca más. Tenía su teléfono, pero no la llamé. Y después, cuando había pasado ya una semana de aquella cena, y me dispuse por fin a llamarla, ya no contestó.

Normal, pensaréis vosotras. Ella pensó que algo fallaba, y deliberadamente no fue, esperando una llamada por tu parte, que, por supuesto, no se produjo. Por lo tanto soy un capullo.

Y sin embargo yo pensé, *¿por qué no vino el lunes?, ¿y por qué no me llamó ella?* Pues porque no le interesaba seguir con todo aquello.

Bueno, sigamos con otra cosa. Por cierto, sí que la volví a ver, pero mucho tiempo más tarde. Si me acuerdo luego, en un par de capítulos os lo cuento, porque fue realmente divertido; o no, la verdad es que no fue nada divertido. Aunque ahora me río al recordarlo.

El caso es que Susanita es lo más parecido a una novia que he tenido nunca. No llegamos a salir, y tampoco hubo sexo, pero fue una relación de lo más interesante. Me presentó a sus padres, me contó secretos, le gustaba, y yo a ella. ¿Era necesario sexo, salir a cenar, meterse mano en el cine? Yo creo que no. Estas cosas están demasiado estandarizadas. Al final un par de detalles acabaron con todo. Qué importante son los detalles, y qué poca importancia le damos a veces. Mi padre siempre me contaba una historia, que no sé si es verdad o no,

de unos novios que están en la iglesia a punto de empezar la ceremonia de la boda. Él la está esperando. Ella llega del brazo del padrino, con vestido blanco y arrastrando su cola por el suelo. Al llegar al altar, el novio pisa el vestido sin querer y hace que ella tropiece. Cuando se agacha a recogerla, ella le dice: *¿Qué has hecho, imbécil?* Él se da media vuelta y, despacito, sale de la iglesia. Un poco exagerado, ya os digo que seguramente sea una pequeña verdad tergiversada por el tiempo y por los chismosos, hasta convertirla en una gran mentira. De hecho la primera vez que yo la escuché fue en *el bar*, de boca de mi padre, o mejor dicho, del personaje en que se convierte mi padre cuando se junta con toda su panda y pasan cinco o seis rondas, y claro, al terminar, continuaron con todas las coñas que os podáis imaginar sobre lo que dijo el cura, el suegro, el desmayo con estruendo de la suegra, los *oooohs* y las *aaaaahs* del público asistente, la novia gritando al coro que dejase de tocar la puta marcha nupcial de una vez. Se imaginaban el banquete, los brindis, el primer baile. En fin, cualquier cosa que aquí os relate se queda pequeña comparada con el desvarío en que se convirtió la reunión de jubilados, todos muertos de la risa, camareros y clientes habituales incluidos.

¿Y para qué os cuento yo esto? Ah, sí. Estábamos hablando de Susanita y los detalles. Pues eso, que a veces un detalle, o dos, son suficientes. No son necesarias ostentosas palabras de amor, o, por el contrario, explicaciones de desamor que siempre resultan excusas. Ella no volvió a aparecer, y yo deduje que mucho interés no habría. Yo no la llamé, y ella pensó... pues no lo sé.

Mejor dejemos este tema para más adelante.

2

Bueno, pues descripciones arriba, descripciones abajo, este soy yo. Soy profesor de matemáticas en la universidad, y algunas veces doy clases particulares a alumnos que quieren llegar a la universidad, pero que seguramente no lleguen nunca. Y no penséis que es por mí. Me encantan las matemáticas, y doy esas clases porque me gustan. No necesito el dinero, porque me conformo con muy poco, e incluso la miseria que me pagan los del departamento me llega para el alquiler y mis cuatro gastos. Por eso os digo que lo hago por amor al arte, lo de las clases particulares. Pero, en serio, si algunos no saben ni sumar, ¿cómo les voy a enseñar lo que es una derivada, o una integral? Hago lo que puedo, sigo el ritmo de cada uno, y al que no sabe sumar, le enseño a sumar. Si tiene diecisiete años, y en el examen le van a pedir que despeje una ecuación de segundo grado, ese no es mi problema. Es el suyo, y el de todos los que les han ido aprobando año tras año porque no podían suspenderle. Al principio me agobiaba, ahora me lo tomo con mucha calma, como me pasa con todo lo demás. Si el niño no sabe sumar, y quiere que le enseñe integrales, primero tiene que aprender a sumar. Los padres lo entienden, pero llegados a esa edad, ya no se puede hacer nada. Eso lo sé yo. O no, quién sabe.